

MISA DE CLAUSURA DEL II CONGRESO EUCARÍSTICO DE LA HABANA

La Habana, Campo Eucarístico, 10 de diciembre del 2000

Queridos hermanos y hermanas:

Esta celebración Eucarística, que clausura nuestro Congreso Eucarístico Arquidiocesano, tiene un especial significado. Ya muy avanzado el Año Santo Jubilar, durante el cual hemos proclamado nuestra fe en Jesucristo, el Hijo de Dios Salvador, que hace dos mil años se hizo carne en el seno virginal de María, habitó entre nosotros y está siempre con nosotros; hemos querido en este Congreso alabar, bendecir y exaltar la gloria del Señor, presente en el Santísimo Sacramento del Altar. Acompañando a Jesús Sacramentado, hemos llegado hasta aquí para recibir su bendición y rodear la mesa donde Cristo se nos da como el Pan vivo bajado del cielo.

Es ya para maravillarse saber que *«tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo»*. Pero la admiración llega a cimas impensables cuando el Santo Evangelio nos narra como el Hijo Eterno de Dios, hecho hombre por nosotros, que a su paso por la tierra sembró un amor inigualable, congrega a sus apóstoles en la Última Cena y les da a comer el pan partido que es su cuerpo y les da a beber el cáliz de su sangre derramada por la multitud y manda a los apóstoles que hagan eso en conmemoración suya; de modo que no solo aquellos discípulos que estuvieron junto al Maestro, sino todos nosotros y todos los hombres y mujeres de cualquier época y en cualquier lugar puedan recibir a Cristo, entrar en íntima comunión con Él y adorarlo en esta tierra como si en cada Eucaristía se anticipara la gloria del cielo, conmemorando al mismo tiempo la entrega que hizo Cristo de su vida al Padre en la Cruz por amor a nosotros. La contemplación del misterio eucarístico nos lleva siempre a la adoración y a la acción de gracias. Es la Eucaristía la que construye la Iglesia y es la Iglesia la que nos entrega la Eucaristía.

Para acoger a Cristo Eucaristía en nosotros debemos preparar nuestro corazón y su presencia sacramental en nosotros debe transformar todo nuestro ser. Nadie puede acercarse sin pensar a la mesa eucarística y nadie puede alejarse de ella sin percatarse de que algo grande ha ocurrido en lo hondo de sí mismo: Dios lo ha visitado, un Dios con rostro humano y mirada penetrante de bondad y de misericordia que todo lo hace nuevo con su Poder.

En nuestra marcha procesional venía incesantemente a mi memoria una conocida Palabra bíblica: *«Dios ha visitado a su pueblo»* y, en efecto, en la Eucaristía, Dios nos asegura que está junto a nuestro pueblo.

Cuando hacíamos hacia acá el camino con Jesús Sacramentado, recorriendo nuestras calles entre edificios en plena reconstrucción, experimentando las irregularidades del pavimento maltratado por el uso, sentía resonar en mi interior, en medio de los cantos y los rezos del pueblo, la palabra inspirada del profeta que hemos escuchado en este segundo domingo de Adviento: *«Preparen el camino del Señor, allanen sus senderos... que lo torcido se enderece, que lo escabroso se iguale»*. Hay algo y mucho que tenemos que reconstruir en nuestras vidas, hay senderos escabrosos que deben ser allanados.

A esta misión se entregó tenazmente Juan el Bautista, y lo encontramos, en el relato evangélico de hoy, empeñado en ella, convocando al pueblo a un cambio de vida, de modo que acogieran al Mesías, al enviado de Dios, con un corazón bien dispuesto.

A esta misión se supo llamado el Papa Juan Pablo II desde el primer día de su Pontificado, cuando pidió a los pueblos y a sus gobernantes que abrieran las puertas a Cristo, que no sintieran miedo de Él.

Esta misión de abrir puertas, de desbrozar caminos, la ha cumplido el Santo Padre por más de veinte años sin descanso, yendo al mundo entero, y esa misma misión lo trajo a Cuba.

Aquí, como en otros sitios, habló a nuestra Iglesia y a nuestro pueblo de estructuras ruinosas que hay que rehacer, de caminos torcidos que hay que enderezar y así se refirió a la familia resquebrajada por el divorcio, por la separación que provoca sea la continua emigración de tantos cubanos, sean las obligaciones de trabajo en lugares distantes del hogar, o de estudios en internados, casi siempre en edades en que se hace necesario el acompañamiento familiar paterno y materno.

Dijo el Papa a los jóvenes de Cuba de algún modo lo que repitió a los más de dos millones de jóvenes reunidos en Roma para la Jornada Mundial de la Juventud: «*Ustedes deben vivir contracorriente*». Es tal la fuerza avasalladora de una subcultura de bajo perfil que lo penetra todo a través de los medios de comunicación, que no alcanzan ya a tener hoy, el joven o la joven, instrumentos de pensamiento capaces de hacerlos edificar su propia casa interior.

Hay tanta palabra vacía, que llegan a vaciarse los corazones. Hay tanto sexo y tan poco amor, hay tanto ruido y tan poca melodía en la música que se escucha cómo en las ideas que transmite el mundo globalizado y aburrido de hoy, que pareciera a veces que el aturdimiento ha sustituido al pensamiento. Queridos jóvenes, les repito el llamado del Santo Padre a ser dueños de su destino, teniendo a Dios como único Señor.

El Papa nos habló en Cuba de la Patria y del futuro, de aquella única verdad a la que se refirió Jesucristo cuando nos dijo que solo ella nos haría libres. El Papa dejó en el corazón de los cubanos la neta impresión de que todos debíamos ser actores en la escena de nuestra vida nacional y recordó a los miembros del pueblo de Dios que, junto a sus obispos y sacerdotes, debían ocupar puestos de primera fila en el servicio a los hermanos, en la construcción de un mundo nuevo. Este programa del Papa está recogido dentro del Plan Pastoral de la Iglesia en Cuba para los primeros años del milenio que comienza.

Todo esto lo propuso el Papa según lo indicara el profeta Isaías: preparando caminos, allanando senderos, esforzándose en elevar lo deprimido y exhortando a enderezar lo torcido, para que Jesucristo pueda pasar y entrar en la trama de nuestras vidas.

Durante este Año Santo, en cada uno de los Jubileos, de los artistas, de los comunicadores, de los médicos y hombres de ciencia, de los deportistas, de los educadores, de los campesinos, de los enfermos, de los antiguos alumnos de colegios católicos, de la familia, hemos experimentado que en muchos corazones las puertas abiertas por el Papa no se han cerrado. Porque el Santo Padre, como la Iglesia que él guía, no desea abrirse puertas y caminos para sí, sino a Jesucristo. Por esto pidió el Papa con interés e insistencia que la Navidad fuera en Cuba una fiesta también civil, porque la civilización cristiana no es un conjunto de viejas costumbres que pueden variar con el tiempo, sino un modo de organizar la vida del hombre, de la familia y de la sociedad inspirándose en el Evangelio de Jesucristo y sus valores, que dan forma y consistencia a la cultura de un pueblo.

Dentro de la civilización cristiana fraguó nuestro pueblo como nación. «*Cuba tiene un alma cristiana*», nos recordó el Papa. Si Jesucristo es olvidado, si su persona no es conocida y amada, si su mensaje es ignorado, solo quedará de la tradición familiar, del modo amable de convivencia que nos ha caracterizado a los cubanos, de nuestra servicialidad hacia el prójimo, una especie de esqueleto sin alma que nos hace pensar en aquellos huesos secos a los cuales mandó el Señor a Ezequiel a dirigirles su palabra profética.

Nos alegramos, ciertamente, de celebrar en esta Navidad los 2.000 años del nacimiento de Cristo con un día no laborable para que se haga más fácil el encuentro familiar, pero esto no basta para que Cristo y su mensaje calen hondo en el corazón de nuestros hermanos. Nos toca a nosotros, cristianos, reunidos como Iglesia, y a cada uno en su medio, desbrozar caminos para que el Señor

pase y llame a muchos y los sane y perdone y los invite a su mesa para darles su cuerpo y su sangre y colmarlos de vida. Nos llenó de regocijo la celebración jubilar de catequistas y misioneros, donde más de 1.500 evangelizadores se reunieron en un clima de entusiasmo y de esperanza para renovar su compromiso bautismal de anunciar a Cristo al mundo.

Pero duele ver a la Iglesia limitada en su misión por dificultades diversas, entre ellas la carencia de sacerdotes y religiosas para impulsar y aun para sostener su misión. Gracias a Dios han crecido en Cuba las vocaciones sacerdotales y religiosas, pero ha crecido también la Iglesia. Necesitamos la colaboración de sacerdotes y religiosas de otros países, y hay muchos dispuestos a venir, pero hoy esta parece ser una puerta cerrada a Cristo entre nosotros.

Durante estas celebraciones del Congreso Eucarístico hemos pedido a Jesucristo presente en la Eucaristía que esa y otras puertas se abran al Señor en nuestra tierra. En este tiempo de Adviento, que nos prepara a la Navidad, debemos suplicar a Dios que también en la vida nacional se allanen para el pueblo cubano los caminos escabrosos, que disminuyan las tensiones para que aumente la alegría, que se igualen los desniveles económicos y sociales que producen tanto malestar. San Pablo, en su Carta a los Filipenses leída hoy, rezaba por sus fieles de este modo: *«que la comunidad de amor que ustedes integran siga creciendo más y más en penetración y en sensibilidad para apreciar los valores»*. Esta oración, que contiene un deseo bueno, debemos hacerla por nuestra Iglesia y por nuestra Patria. Todos debemos sensibilizarnos para apreciar los valores como la veracidad, la honradez, la sinceridad, la servicialidad, que tienden a desaparecer en el comportamiento diario del cubano.

Pero hay un valor que debemos promover especialmente entre nosotros: la capacidad de reconciliación. Son tantas las rupturas en las familias, los rencores entre grupos y entre vecinos, los tristes recuerdos que separan a antiguos amigos, conocidos o familiares por razones afectivas, políticas, ideológicas, religiosas o de otra índole, que esas situaciones llegan a tener un peso negativo en la conciencia social y afectan la convivencia entre los hijos de un mismo pueblo. Estas heridas deben ser sanadas. En una celebración de la Eucaristía, Sacramento del Amor, se impone entre los cristianos un propósito firme de perdón y de reconciliación. Aunque este llamado vale para todos, hablo especialmente a los cristianos, porque la enseñanza y el testimonio de Jesucristo deben disponernos a esto, más fácilmente a nosotros que a otros que no conocen al Señor.

No olvidemos que Jesús, en la Última Cena, antes de dar su cuerpo y su sangre a sus discípulos, les lavó humildemente los pies.

Hay un clima singular, impregnado de amor, que envuelve aquella Última Cena que Jesús tenía ansias de comer con sus discípulos y que nosotros celebraremos ahora en conmemoración suya, siguiendo su mandato. Este amor lo expresa Jesús desde los preámbulos de la Cena, en su iniciativa de elegir por sí mismo y de mandar a preparar el lugar para la comida Pascual que celebraría con los apóstoles.

Fue la Cena el momento en que Cristo abrió a los suyos los tesoros de amor de su corazón sagrado. En la Última Cena puso en alto la primacía del amor, explicó su origen: *«Como el Padre me ha amado, así los he amado yo»*, y mostró la calidad servicial del amor, al lavar los pies a sus discípulos, y la condición sacrificial, que acompaña siempre el amor, al entregarles su cuerpo y su sangre. Dio, además, Jesús a los apóstoles mandatos precisos sobre el amor: el primero expresa, ante todo, el amor de Jesucristo a los hombres y tiene que ver con el cuerpo eucarístico del Señor: *«Hagan esto en conmemoración mía»* y los otros se refieren especialmente al cuerpo místico de Cristo, a su Iglesia: *«Ustedes deben lavarse los pies unos a otros», «ámense unos a otros como yo los he amado»*.

Solo poniéndonos con Jesús a la mesa de su Cena donde el Señor nos espera con ansias; solo escuchando la Palabra del Maestro y acogiendo sus mandatos sobre el amor y la humildad y, sobre todo, comiendo del pan partido que es su Cuerpo y bebiendo del cáliz de su sangre derramada por la

multitud, entraremos en íntima comunión con Cristo, que se entrega al Padre por todos en cada Eucaristía, y así unimos a la suya nuestra propia entrega. Solo así también nos haremos fuertes para el perdón, la reconciliación y la misericordia.

Por esto, la Eucaristía dominical, y si es posible más frecuente, es el centro de la vida del cristiano. Por la Eucaristía, la Iglesia se fortalece en la fe y se hace capaz de aceptar los retos y aun las humillaciones que lleva consigo el anuncio de Cristo en un mundo donde la acción de la Iglesia puede ser rechazada, despreciada o entorpecida. Siempre será la Eucaristía la que pondrá a la Iglesia en pie, porque en cada celebración Cristo nos reafirma con su entrega que el amor es el único camino para superar todos los agravios y dificultades y, en su Cena, Cristo pone su amor en nuestros corazones.

En la Última Cena, Jesús fundamentó también en el amor toda la fuerza evangelizadora de la Iglesia: *«que todos sean uno para que el mundo crea»*, *«en eso conocerán todos que ustedes son mis discípulos, en que se aman unos a otros»*.

De modo que el anuncio de Cristo al mundo no se hace primeramente por la proclamación hablada o escrita de su gesta salvadora: su muerte y resurrección, sino aún más por el testimonio que den sus discípulos de una adhesión personal de amor a Jesucristo y por la comunión de amor que une a los suyos y se irradia a los demás. Y este amor se come y se bebe en la Eucaristía.

Toda Eucaristía hace un recuento y propone un programa: En cada celebración damos gracias a Dios por cuanto nos ha amado en Cristo su Hijo y proponemos hacer verdad en nuestra vida el mandato de Jesús, sirviendo y amando como Él nos enseñó. Este Congreso Eucarístico, celebrado al final de un siglo y comienzo de otro, constituye también un gran recuento de cuanto Cristo ha obrado en su Iglesia en Cuba y en cada uno de nosotros en este siglo que acaba, incluyendo todo lo que, misteriosamente, la Iglesia ha tenido que soportar como peso y como Cruz.

Propone también este Congreso Eucarístico con renovado entusiasmo, y con la esperanza puesta en Cristo que está con nosotros siempre, el inmejorable programa de Jesús en su Evangelio, que Él condensó en la Última Cena a través de gestos y palabras en dos propuestas fundamentales: servir y amar sin límites.

En esto debe resumirse de igual modo el programa de la Iglesia para nuestra Arquidiócesis de La Habana al aplicar el Plan Pastoral de la Iglesia en Cuba en los próximos años de este milenio: servir y amar.

Si el Santo Padre, al inicio de su Pontificado, pidió que los pueblos y los responsables de las naciones abriesen sin temor las puertas a Cristo, al comienzo del tercer milenio me atrevo a añadir en relación con nuestro pueblo y con todos los que tienen responsabilidades en él: No sientan temor, abran a la Iglesia en Cuba la posibilidad de cumplir en este nuevo milenio, sin trabas ni dificultades, el programa perenne que el Señor Jesús nos ha confiado: amar y servir a nuestro pueblo para anunciarle así a Jesucristo, el mismo AYER, HOY y SIEMPRE.

Cristo, que está con nosotros en el Sacramento de la Eucaristía, disponga a la aceptación del Bien todos los corazones y selle en nosotros el firme propósito de anunciar su Evangelio a nuestros hermanos sirviéndonos con abnegación.

Bendito y alabado sea Jesús en el Santísimo Sacramento del altar.

Sea por siempre bendito y alabado.